

frutos, si no por el espíritu noble que los inspiró. Los que juzgaron sabían demasiado cuánto les costaría su trabajo en lo porvenir. Sabían que matando al rey, se dictaban su sentencia de muerte, y así pudo decir Carnot: «¡Ningún deber me ha costado tanto!»

Pensaron estos valientes que si perdonaban en el proceso del rey el llamamiento al extranjero, la inviolabilidad de la patria sería un mito en lo sucesivo. Creyeron que no se podría arraigar la creencia de todas las naciones: la patria es sagrada y quien atente contra ella morirá.

Cuando aun no existíamos nosotros, ellos nos garantizaron el respeto á la Francia, la integridad del territorio, la religión de los límites. ¿Vivieron en el error? Nosotros, á quienes ellos pensaron salvar, no tenemos autoridad para censurarlos. ¡No, hombres heroicos! Vuestros hijos reconocidos, os tienden la mano á través del tiempo... Hasta vuestros enemigos, que son los de la Francia, han de respetar y honrar en vosotros á los vencedores, á los fundadores de la República, *su vencedor para el porvenir.*



LIBRO VI

CAPITULO PRIMERO

La unidad de la patria.—La educación.—Funerales de Lepelletier (24 de Enero de 1793)

La unanimidad de la Convención respecto á la muerte del rey.—Causa de disolución en el 93.—El problema de la unidad no se había expuesto aun seriamente.—El caracter original del 93 es la lucha del federalismo contra la unidad.—Todos en el 89 eran federalistas ó realistas.—La ley resignó toda su fuerza en las municipalidades.—Brissot federalista en el 89, en beneficio de París.—Condorcet afirma que París, el 89, es el instrumento de la unidad.—Camilo Desmoulins y Marat, el 91, hacen un llamamiento á los departamentos contra París.—La Gironda fué arrastrada por la fatalidad de su situación á un involuntario federalismo.—Se creyó entonces que la ley bastaría para crear la unidad.—La educación puede preparar la unidad.—Hermoso plan de educación de Lepelletier.—Funerales de Lepelletier (24 Enero 93).

Al día siguiente de la muerte del rey, la Convención estuvo admirable. Se creyó en un momento que iban á desaparecer los partidos. La unidad de la nación, representada desde hacía mucho tiempo por el rey, se dibujó en la Asamblea con trazos más enérgicos. A cuantos creyeran comprometida esta unidad se les podría decir: «La Francia está en mí.»

Por unanimidad, se acordaron importantes medidas para la seguridad pública. El decreto enviado á los departamentos el 21 de Enero fué así mismo votado unánimemente. Los girondinos redactaron y firmaron el decreto reclamando para sí la responsabilidad del acto que se acababa de realizar: «Este juicio—decía el decreto—pertenece á cada uno de nosotros como pertenece á la totalidad de la nación.»

Votóse también un crédito de doscientos millones de asignados y el levantamiento de trescientos mil hombres. Se faculta á las municipalidades para que en el término de ocho días proporcionen trajes y equipo á las tropas. El ejército nacional se compone de una mezcla de patriotas voluntarios y de soldados, de entusiasmo y de disciplina.

La Gironda propone la guerra contra la Gran Bretaña y se vota inmediatamente (1.º de Febrero).

Danton quería comenzar por un gran golpe realizando su sueño: la unión de Bélgica. Aplazada, hasta que los belgas expresaron su deseo, aceptan estos y se reúne el comité de Niza que pide la nacionalidad francesa.

Los dantonistas propusieron un grave acuerdo para la tranquilidad pública, solicitando la concesión de poder ilimitado para los misioneros que se enviaban. La primera misión no tenía más que un propósito especial: asegurar las plazas fuertes. Sus actos eran independientes de la Asamblea. Danton propuso esta especie de dictadura ambulante y la Asamblea entró en desconfianzas y suspicacias. Fabre de Eglantine formuló la proposición.

Dictadura en los comités tan fuertemente organizados, dictadura en las misiones; este fué el remedio que aplicó la Convención á los peligros infinitos de la situación. En esto se distingue de la Legislativa y la Constituyente, que hablaron mucho sin hacer nada; estas dejaron la acción en poder del rey, del enemigo, y colocaron á Francia á los bordes de un abismo, con su doctrina de la separación de los poderes.

La Convención resumió todo el poder y trabajó en todas partes, no solo por la defensa del territorio, si no por la unidad.

Los enemigos de Francia miraban y esperaban: «Ella perecerá», decía Pitt. «Se disolverá—decía Burke—se desmembrará convirtiéndose en un miserable estado de federación de provincias.»

Estos juzgaban de acuerdo con la tradición de Francia, esto es, que la unidad era el rey. De aquí se deriva precisamente el concepto de que el rey no muere nunca, pues cuando baja su cuerpo á la tumba se grita con nueva fuerza: «¡Viva el rey!» Todo parecía que iba á volver al caos. En el cementerio de la Magdalena se abrió una tumba: *¿Qué vivas daría la Francia?*

¿La República? Muchos bretones preguntaban: «¿Y quién es esta mujer?»

¿La Patria? Gente que había vivido bajo el antiguo régimen sonreía al oír esta palabra abstracta que traía á la imaginación recuerdos esfumados, reminiscencias clásicas. Piadoso olvido de los largos siglos bárbaros en que vivió. La grosera visión de la monarquía parecían realidad, mientras que el nombre de la patria, que es para nosotros hoy lo más sagrado, les hacía el efecto de una abstracción.

«¿Qué ya no hay autoridad, ni curas, ni rey? decían los insensatos del Oeste.—Pues nos batiremos con *la Nación*.» No sabían siquiera que

la nación eran ellos. Creían que *la Nación* era el *gobierno de París*. El rey fué para ellos la ley viviente: «Si quiere el rey, quiere la ley» decían antiguamente, y ahora decían: «*Muerto el rey, muerta la ley.*»

Tres causas de disolución había:

El furor de estos cegados campesinos. Desde Octubre del 92 (un mes después del asunto de Châtillon) se vió en Morbihan furiosas muchedumbres, á cuya cabeza figuraban las mujeres (empujadas por los curas) atacando á los magistrados.

Otra causa era la indiferencia, la laxitud, el egoísmo creciente de los pueblos; cada uno de estos era un rey; algunos cientos de hombres entusiastas gritaban aún en las secciones.

La tercera causa de desorganización, y no la menos importante, era el entusiasmo mismo de estos individuos de las secciones, sus movimientos desordenados, irregulares, sin subordinación á la acción general, sus esfuerzos discordantes y dislocantes. Sobre todo los departamentos muy alejados trabajan independientemente, sin corresponder, y esto significa un peligro gravísimo.

El Var, por ejemplo, dedicó sus contribuciones á la creación de nuevo ejército para la defensa de su vida y su dinero.

La Convención tenía algo más que hacer que defender la existencia de la Francia; nuestros reyes la han defendido frecuentemente. Su misión especial, verdaderamente difícil, era fundar por todos los medios la unidad nacional.

La unidad de la Patria, *la indivisibilidad de la República*.

No es negativo el trabajo de este año terrible, en el que se hace un llamamiento á la guerra civil. Se busca la resolución del gran problema de la unidad que solo tenía por base la paz.

Fuera de la unidad no existe la vida. Este es un axioma incontrovertible. No se suscitaba la unidad como materia de pura controversia *escolástica*; era una cuestión de salud para la patria. Para los seres orgánicos la división es la muerte. Cuando más bien organizados están, más es la unidad condición esencial de su vida. Dividir al hombre es matarlo.

La Francia, salida de la edad bárbara, no podía contentarse con la falsa *unidad real* que durante tanto tiempo había encubierto una profunda desunión. No podía por adelantado aceptar la entonces débil *unidad federativa* de los Estados Unidos y de Suiza, que no significaban más que una discordia tolerada. Adoptar una ú otra forma, era ó perecer ó descender, bajar un peldaño en la escala de los seres elevados y colocarse al nivel de criaturas inferiormente organizadas que no necesitan la unidad. Apenas vislumbró Francia la feliz idea de la unidad (lejano fin del género humano), quedó seducida, amó de corazón esta forma. Cualquiera que hable ó piense de los dos enemigos, realismo y federalismo, las dos formas de la discordia, es un enemigo de la humanidad, un asesino de Francia.

Fundar tan elevada unidad era un difícil problema. No solamente no se resolvió, si no que en adelante no se planteó de nuevo (al menos en un grande imperio). La Revolución que se burlaba del tiempo, en su precipitado curso, sorprendió un día al mundo con esta imprevista cuestión. Nadie la soñaba en el 89. En el 93, la esfinge se colocó frente á la Francia y le dijo: «¡Adivina ó muere!»

LA HUIDA DEL REY



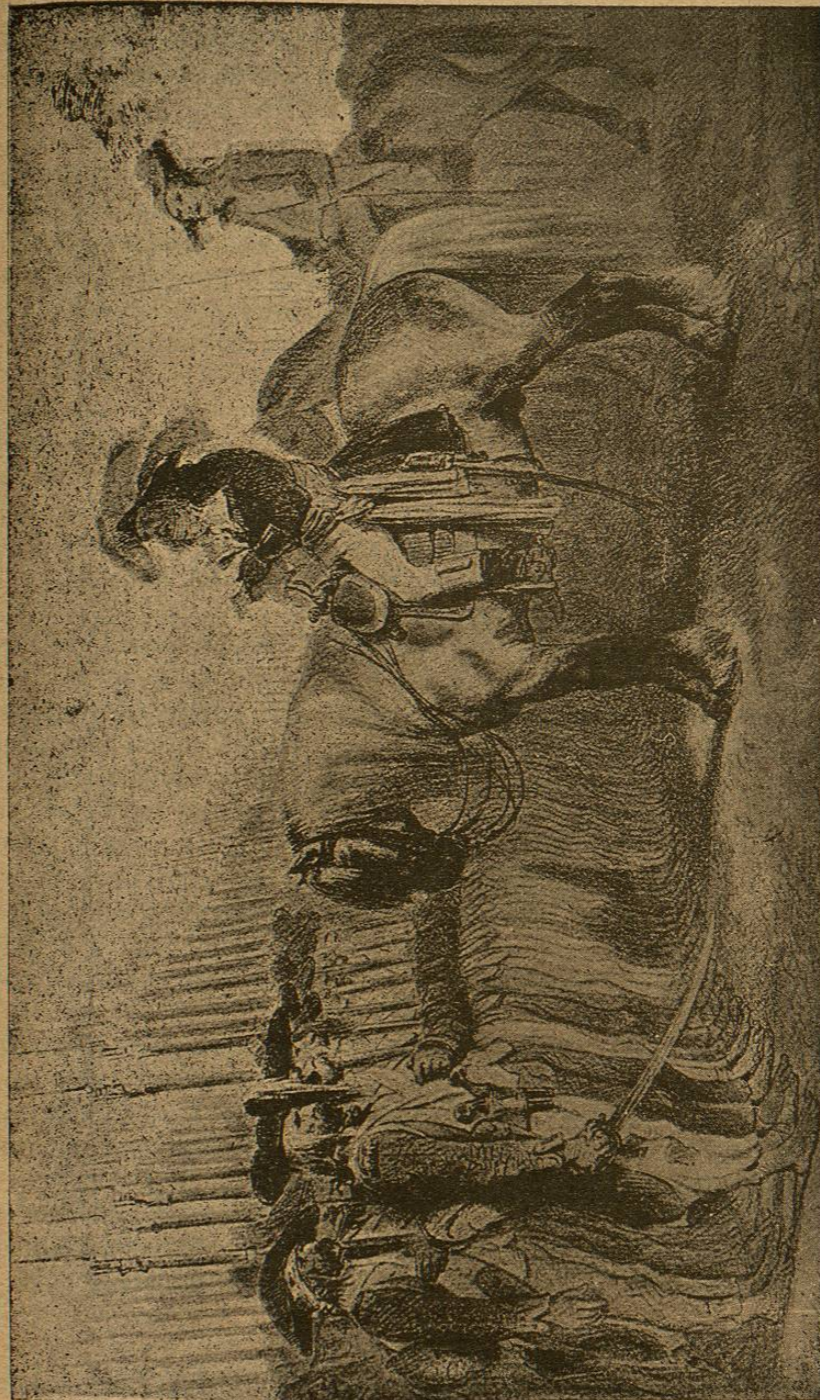
Estampa satírica de la época representando la huida á Varennes. El rey va disfrazado de cocinero. El imperialismo y el Papa guían á la reina y la aconsejan, en forma de pajarracos, que pisotee la buena fe. Los cortesanos salen de una alcantarilla que es las Tullerías. (Museo Carnavalet.)

¿Qué contestar? Nada se había estudiado, nada se encontraba en los libros. El trabajo que se hizo para descifrar el enigma, fué encarnizado. Se estudió en la propia sangre, marchando hacia la luz por la eliminación.

¿Quién pudo iluminarlos?

No tenían más que un libro, una Biblia consultada siempre ardentemente: Rousseau; pero Rousseau sobre este punto no tiene una opinión fija; es unitario en un pequeño estado en su *Contrato social*, federalista para una nación grande en su libro *Gobierno de Polonia*.

Tratábase de saber como un gran estado no monárquico obtenía su unidad.



LOS SOLDADOS DE LA REVOLUCION

El comisario de la República leyendo la orden del día.—«El batallón se ha portado heroicamente ante el enemigo y la República lo premia concediendo á cada hombre un par de zapatos.» (De una litografía de Raffet.)

La experiencia no les decía más que los libros. Como ejemplares de organización, presentábanse los *Estados Unidos* de Holanda, de Suiza y América, tres compuestos imperfectos de débiles piezas heterogéneas. Los dos primeros decaídos y el tercero grande, pero desorganizado siempre. Su situación singular, entre el mar y el desierto, contribuyen á esto.

La vieja Francia, á pesar del carácter de unidad que le dió la monarquía, con su infinita diversidad de costumbres, sus pesas, sus medidas, sus aduanas entre provincias, con sus regiones de diversos patrimonios y privilegios, tenía mucho de la debilidad, heterogeneidad de los estados federativos. Bajo un rey fué como una federación grosera en la que todas las formas sociales, feudos, repúblicas, coexistían en confusión inexpresable, en ridículo desacuerdo.

En este estado de cosas, más de una vez se piensa en el restablecimiento de la federación de feudos: «Amo tanto á la Francia—lice bajo Luis XVI, el buen duque de Bretaña, que en vez de un rey quisiera tener seis.» Los Guisas decían lo mismo. Cazales y su partido creyeron que la Bretaña era un aliado de Francia, ni más ni menos; los constitucionales de la época dicen por boca de Barnave: «Es necesario que Francia escoja: federación ó monarquía.»

La Asamblea Constituyente, con admirable inconsecuencia, proclamó que la unidad estaba en el soberano, en el *pueblo*, no en el rey. Ya no es la monarquía el medio conducente á la unidad; cesa como religión. Y si ya no es religión, ya no es nada. Era preciso eliminarla, pues mientras el cuerpo extraño está en las carnes se mantiene la fiebre. La Asamblea Constituyente, al hacer la división departamental, enervó ó anuló los directorios de los departamentos (nuestras prefecturas de hoy), y concentró la fuerza real en las municipalidades. En esto sirvió poderosamente á la Revolución. Estos directorios, siempre en poder de los notables, eran como un nido de aristócratas. Las municipalidades, al contrario, bajo la acción incesante de los patriotas, se fueron democratizando.

El rey, desde el 89, no existe más que como obstáculo. El nuevo soberano, el pueblo, aun no está organizado para marchar de acuerdo, ni puede manifestar la unidad que reside en él. El pueblo de París, es, en cierto modo, el poder ejecutivo de la Francia. Es él quien manifiesta la fuerza y la unidad central, sin la cual la Francia muere.

París ha cometido grandes errores que se conservan vivos en la memoria, pero cuando pienso en el bien que ha hecho para la libertad de la especie humana, siento deseos de besar la piedra de sus monumentos...

Y lo que digo de París, lo digo de toda Francia.

¿Qué es París más que una pequeña Francia reunida, un lazo de todas las provincias? Nada importa el odio de algunos provincianos á París; á quienes aborrecen es á ellos mismos. Cualquiera de esos, que

coja á un hombre que pasee por París y se encontrará con un normando, un provenzal... No hay más que un tercio de parisienses de raza.

En el 89, tomó París la Bastilla; organizó la fuerza armada de la Revolución, la guardia nacional y proporcionó dos modelos, uno para el armamento y otro para la moralidad en las costumbres.

Esta uniformidad era muy significativa; todas las grandes federaciones de provincias se ligaban á París; nada hay extranjero dentro de Francia. Tal municipalidad de Auvernia le pide pólvora y se le envía; por otra parte resulta justo que estas mismas provincias procuren aprovisionar á París de cuanto necesita, ya que el pueblo combate por su libertad. Los parisienses, espada en mano, adquieren en Normandía el trigo realista que no quieren enviar.

¿Cuál será la organización de París? Es esta una cuestión gravísima y decisiva para Francia. El realista Bailly quiere que el alcalde y la alcaldía tengan gran autoridad; el republicano Brissot propone un plan que anula esta monarquía municipal.

Entre el rey, que es el enemigo, y la Asamblea Constituyente que coincide casi siempre con las opiniones del rey, Brissot busca un punto de apoyo. Sienta el principio de que, la ciudad, ha de organizar lo que es esencial en la ciudad misma; sostiene que las ciudades federadas de una misma provincia tienen los mismos derechos en lo que respecta al interés provincial: «Siempre—dice—los principios de las administraciones municipales, deben ser conformes á los de la *constitución nacional*.» Esta conformidad es el lazo federal que une las gentes de un vasto imperio.

La palabra *federal*, empleada por los realistas el 89 y adoptada por los Jacobinos el 93, hizo guillotinar á Brissot y con él á toda la Gironda. Realistas y Jacobinos dicen unánimemente: «Examinad la palabra federal. ¿No es evidente que Brissot ha querido rebajar el mérito de la Francia convirtiéndola en un estado de provincias parecido á los Estados Unidos de América, ó más bien con el deseo de demoler á Francia como polvo impalpable ó estableciendo una Francia compuesta de cuarenta mil pequeñas repúblicas?»

Una federación en la que cada elemento municipal ha de tener el mismo carácter que la *constitución nacional*, como dijo Brissot, no puede tener semejanza con la federación de la América del Norte. Se necesita estar ciegos para confundir una federación de elementos *idénticos*, que es de lo que se trata aquí, y una federación de elementos *heterogéneos* y discordantes.

Hace falta ir más adelante. Jamás Brissot soñó entonces ni después en la federación.

Su plan del 89, debe ser juzgado solamente desde el punto de vista del 89. Contra el rey, contra una asamblea monárquica ¿cómo si no así ha de esgrimir Brissot la palanca de la República? Pide que se organice París.